

Albert Camus

Los inmensos pecados de Francia

Fernando del Paso

A cincuenta años de su muerte Albert Camus sigue dando de qué hablar. Fernando del Paso se aproxima en este breve texto a una zona oscura del gran escritor francés: su actitud políticamente ambigua hacia la independencia de Argelia.

En la época de mi educación sentimental y literaria, Camus fue uno de mis ídolos y *El Extranjero* y *La Peste*, libros de cabecera. Gocé también mucho sus obras teatrales como las inolvidables *Calígula* y *Los Justos*. Nunca he dejado de admirarlo y de considerarlo como uno de mis primeros maestros. Sin embargo, muchos años más tarde, descubrí un aspecto de su personalidad que no era, por decirlo de alguna manera, digno de elogio: su postura ante la independencia de Argelia. Quiero creer que su gran calidad humana, su genio y su sabiduría hubieran contribuido, con el tiempo, a matizar o incluso a cambiar sus convicciones a ese respecto, de no haber muerto a una edad tan temprana.

La guerra por la independencia de Argelia llegó al territorio francés durante la noche del 25 de agosto de 1958, al ocurrir en Marsella y París una ola de atentados espectaculares. No existía ya para entonces la asociación ENA, “Estrella Nofricana”. Nacida en 1926, y disuelta en 1929, había vuelto a la vida en 1933, bajo el liderazgo del carismático Messali Hadj y nuevamen-

te desapareció en vísperas de la Segunda Guerra Mundial por decreto del gobierno de Édouard Daladier. Messali Hadj se rehusó a colaborar con el régimen de Vichy, y en los años cincuenta sirvió como factor de unidad para los argelinos de Francia, cuyo número se calculaba entonces en doscientos mil.

Fue la década en que la policía francesa comenzó a reprimir con brutalidad toda manifestación a favor de los movimientos nacionalistas argelinos. Se multiplicaron en Francia los campos de internamiento o concentración para los argelinos revoltosos y el prefecto de la policía, que era entonces Maurice Papon, otorgó a las fuerzas policiales a su cargo “permiso para matar”.

La tragedia culminó con la matanza, por parte de la policía, de más de cien manifestantes que marcharon por las calles de París. A esta acción siguió, pocos meses más tarde, otra carga de la policía contra una nueva manifestación. En la estación del Metro Charonne de París, hubo ocho muertos, entre los que se contaba un muchacho de quince años.



Albert Camus en una fotografía de Henri Cartier-Bresson, París, 1945



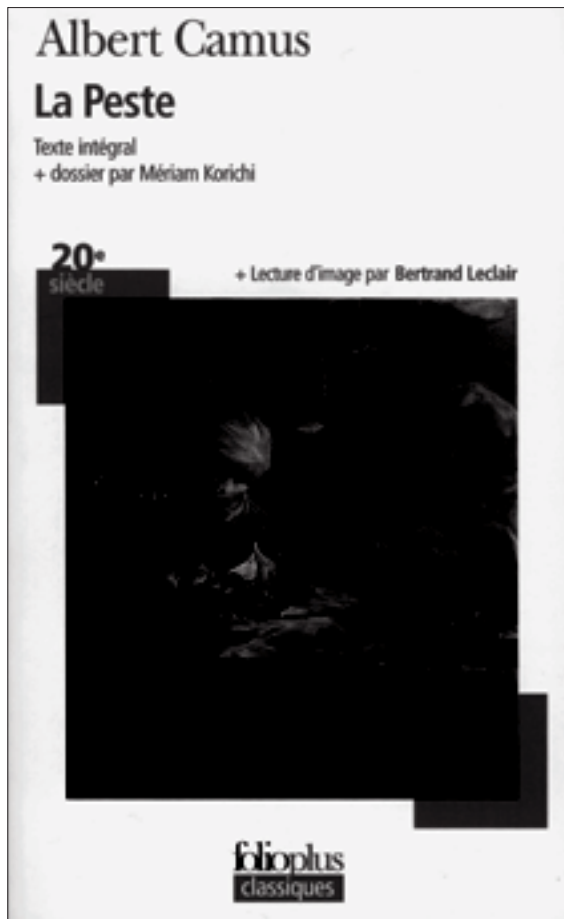
Los argelinos de Francia no estuvieron solos: los acompañaron numerosos franceses, y entre ellos un grupo de los más distinguidos personajes del mundo de la cultura: un año antes de la matanza de lo que alguien calificó como el “pogrom oficial”, el 6 de septiembre de 1960, ciento veintiún académicos, escritores, intelectuales y artistas habían publicado en la revista *Les Temps Modernes* un manifiesto titulado “Declaración sobre el derecho a la insumisión en la guerra de Argelia”. A esta declaración respondió otro manifiesto, firmado por ciento ochenta y cinco franceses, entre ellos varios militares, que dejaba en claro que todo acto de apoyo al Frente de Liberación Nacional argelino “era un acto de traición”. Entre los signatarios de la primera declaración se encontraban personajes de la talla de Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Alain Resnais, Pierre Vidal-Naquet, François Maspero y André Breton.

Pero no toda la élite de la intelectualidad compartió esa posición. En enero del mismo año, 1960, de la después llamada “Manifestación de los Ciento Veintiuno” falleció en un accidente automovilístico uno de los hombres de letras francesas más grande del siglo: Albert Camus. No tuvo, así, oportunidad de *negarse* a firmar el “Manifiesto de los Ciento Veintiuno”. ¿Y por qué habría de negarse?

La antología de los artículos de Albert Camus publicada por la editorial Gallimard bajo el título de *Chroniques algériennes, 1939, 1958 —Crónicas argelinas,*

1939, 1958—, lo muestra como un hombre ilustrado y sensible, que percibe en toda su plenitud la miseria y la explotación que sufrían en su época los indígenas de esa posesión francesa del norte de África, y los califica como “los inmensos pecados de la Francia colonizadora”. Es a Kabylia a la que está dedicada la primera parte de sus escritos. La segunda, a Argelia.

Argelia cayó en poder de Francia en 1830. Como símbolo de la amenaza cristiana en la región, la Gran Mezquita de Argel fue transformada en Catedral de San Felipe, y en su minarete fueron colocadas una cruz y la bandera francesa. Kabylia, una región entonces adyacente, fue dominada cuarenta años más tarde. Ambas conquistas se distinguieron por su inmisericordia y su ferocidad. Para darnos una idea de la crueldad desplegada por las tropas invasoras basta una pequeña *dégustation*: el historiador M. Baudricour, en *La guerre et le gouvernement de l'Algérie —La guerra y el gobierno de Argelia*, París, 1853— cuenta que era costumbre ponerle a las niñas argelinas desde muy pequeñas, pulseras y ajorcas. Al crecer los huesos en la adolescencia, estas joyas no podían ya ser removidas, pero eso no fue obstáculo para algunos soldados quienes, para quitárselas, les cortaban las manos o los pies, dejándolas morir desangradas. La relación de esos y otros horrores rebasa los propósitos de ese breve artículo, y lo mismo la historia de la célebre Legión Extranjera, la cual desempeñó un papel de primera importancia en las infa-



En París en 1957

mias cometidas, y cuyo primer cuartel general se instaló precisamente en ese país, Argelia, en Sidi bel Abbés. Pero vale la pena, al menos, mencionar algo excepcional: en 1961, un regimiento de la Legión Extranjera combatió al lado de los insurgentes argelinos contra el gobierno de Francia.

Camus, quien vivió en los años en los cuales el llamado “Code de l’Indigénat” —“Código del Indigenismo”— les negaba toda ciudadanía a los argelinos, denuncia lo que llama la explotación intolerable de la desdicha humana, califica como insultantes los salarios de los indígenas, aboga por “una política visionaria y generosa” y se refiere a Kabylia como un pueblo de “profunda grandeza”. Sin embargo, es en la segunda parte del libro, titulada *L’Algérie déchirée* —*Argelia desgarrada*—, donde nos damos cuenta de que Camus contempla la tragedia de los aborígenes como sólo la pudo contemplar un francés “de Argelia”, que jamás fue, ni se sintió, ni nunca tuvo la intención de ser argelino. Deseoso, como otros franceses, y así nos lo dice, de la creación de “una estructura francesa que realizara el verdadero *Commonwealth* francés”, declara: “soy francés de nacimiento y, desde 1940, por elección, lo seguiré siendo”. Camus era un *pied-noir*, un pie negro, por haber sido hijo de franceses nacido en África. Pero es evidente, no obstante, que desde los pies hasta la punta de los cabellos fue un blanco, blanco francés y blanco europeo de mentalidad colonialista.

Camus escribe estos artículos entre 1956 —a dos años de distancia del nacimiento del FLN— y 1958. En el 56, Nasser había asumido la presidencia de Egipto y nacionalizado el Canal de Suez. En el 58, Egipto, Siria y Yemen se habían unido para establecer la efímera República Árabe Unida. Camus le atribuyó al nacionalismo nasseriano el nacimiento del ímpetu independentista argelino, reclamó “el derecho a la existencia, y la existencia dentro de su patria”, del millón doscientos mil franceses autóctonos —es decir, de los franceses nacidos en Argelia— y exigió que Francia se rehusara a “servir al imperio árabe a sus propias expensas, a expensas de la población europea de Argelia y, finalmente, a expensas de la paz mundial...”. “La independencia nacional [de Argelia] —dijo también— es una fórmula totalmente pasional, nunca ha existido una nación argelina —*Il n’y a jamais eu encore de nation algérienne*” (Camus 202, 205, 206).

El ilustre escritor pensaba que los pueblos comienzan a existir cuando se independizan, y no se dio cuenta de que los pueblos se independizan cuando ya han comenzado a existir.

Los tintes imperialistas de su actitud no pasaron desapercibidos para los historiadores franceses. En la *Historia del Islam y de los musulmanes en Francia*, Salah Stétié dice: “[A] Camus, que era una gran conciencia y un hombre lúcido, nunca le fue posible ver que en Argelia había argelinos”. U